

das de cuando en cuando á la Orden entera, la tienen al corriente de cuanto pasa en cada monasterio. No hay Superior general, ni Visitadores generales, ni capítulo en que se junten las Madres Superiores de la Orden. Cada monasterio está colocado bajo la vigilancia directa é inmediata del Obispo diocesano.

Esta importante regla, mil veces discutida durante la vida del Santo Fundador, puesta en tela de juicio después de su muerte, pero mantenida enérgicamente por la Santa Madre de Chantal, controvertida de nuevo después del fallecimiento de ésta, prevaleció por fin y hasta ahora no ha tenido que arrepentirse la Orden de haber cumplido la voluntad de sus Santos Fundadores.

Dos sacerdotes están puestos por el Obispo al frente del monasterio: uno con título de Superior, otro que ejerce el cargo de confesor: el primero cuida especialmente de los negocios, el segundo de las conciencias; uno atendiendo á que se observen las reglas, el otro inspirando el espíritu que debe acompañarlas. Éste reprime los abusos, aquél trata de prevenirlos. El primero, colocado más alto, pues suele ser algún eclesiástico que desempeña un elevado cargo, y siempre de mérito y virtud, no es consultado sino «en los asuntos de consideración» El segundo, colocado más cerca, y no teniendo generalmente ningún otro empleo, es el director y consultor ordinario del convento. Los dos deben ser hombres doctos, prudentes, de vida irrepreensible, discretos, honestos, constantes y devotos. La regla recomienda al confesor que trate á las Hermanas con reverencia, como á Esposas sagradas del Hijo de Dios; por su parte, las Hermanas deben honrarle «como á un ángel, diputado para la conservación de las almas que viven dentro del monasterio (1).»

(1) Constituciones XIX y XXVIII.

Tales son las principales reglas de la Orden de la Visitación: lo que en ellas domina es la dulzura; lo que las distingue es la moderación, el buen sentido práctico. Compuestas para personas de poca salud y de alma generosa, nada mandan que pueda debilitar el cuerpo; nada olvidan para crucificar el espíritu. Sin recurrir á los ayunos, vigiliias ó maceraciones corporales, doman la naturaleza tanto como las reglas más austeras, y manteniendo en las almas el recogimiento, modestia y silencio, y activando sin cesar el fuego del santo amor, las elevan á los más altos grados de unión con Dios.

Hay, no obstante, otra cosa más admirable aún que estas reglas tan sabias, tan moderadas: es el espíritu que las anima. Cada Orden tiene su espíritu: de otro modo, la más hermosa legislación no tendría vida, sería una estatua ó un cadáver. El espíritu es el que vivifica las leyes; el que sostiene las costumbres; el que hace que las obras sean fecundas é inmortales las instituciones. En las Ordenes religiosas este espíritu es tan poderoso, que hace indestructibles durante muchos siglos á estas sociedades tan débiles en la apariencia, y á quienes ninguna fuerza material protege contra las revoluciones de dentro ni contra los enemigos de fuera; penetra tan profundamente en los individuos, que imprime carácter, por decirlo así, hasta en su fisonomía.

Este espíritu no es el mismo en todas las Ordenes; porque aunque todas se dirigen á un mismo fin, que es la perfección de las almas en Dios, no todas llegan á él por el mismo camino. En unas se llega por la oración, en otras por el celo, en éstas por la penitencia y amor á los pobres. Establecida la Visitación para personas débiles ó enfermas, ¿de qué espíritu debía estar animada, sino del espíritu de dulzura, de mutua tolerancia y de santa cordialidad? San Francisco de Sales habla é insiste en esto sin cesar. Quiere que sus hijas sean siempre afables y agradables; que tengan miel en los

labios y caridad en el corazón; que sepan amarse, conllevarse, socorrerse mutuamente, abundar y sobreabundar en dulzura. Inculca tanto la dulzura, que la ha hecho penetrar, por decirlo así, en el corazón de la Orden; y después de más de doscientos cincuenta años que cuenta de existencia, la dulzura es uno de los rasgos más característicos y amables que la distinguen. Para que este espíritu tuviese todo su perfume, quería que fuese acompañado de la humildad y de la sencillez: de la humildad, sin la cual no hay dulzura; de la sencillez, sin la cual no hay cordialidad, humildad y sencillez en los designios, en las intenciones, en las palabras y acciones; humildad y sencillez de niños—decía—que no tienen más que un corazón, un alma, una esperanza en el tiempo y en la eternidad (1).

Reuniendo y fundiendo, por decirlo así, este triple espíritu de sencillez, dulzura y humildad, se obtiene un cierto modo de hacer las cosas bien y agradablemente; de suerte que, sin aparentes esfuerzos, y casi como jugando, se llega á la más alta cima de la santidad. Veamos cómo lo explica y lo describe San Francisco de Sales en una admirable página, que la Santa Madre de Chantal llama *Compendio de toda la perfección de la Orden*.

La buena Hermana doméstica, á quien en el monasterio apellidaban con el sobrenombre de Hermana Simpliciana á causa de su extremada sencillez, unida, por lo demás, á una gran virtud y al don de milagros, dijo un día al Santo Obispo, en medio de una recreación que presidía con su acostumbrada bondad: «Ilmo. Señor, yo quiero ocupar vuestro lugar en el convento, y hacer lo que vos haríais si estuviérais en él.» Esta sinceridad y franqueza hizo sonreír al bienaventurado, y le dió margen para contestarla extensamente. «¿Qué decís,

(1) Conferencia XII, de la sencillez.

mi querida hija Simpliciana? ¿Que queréis tener mi lugar aquí, y hacer lo que yo haría si estuviese dentro del convento? Y ¿qué haría yo? Nada tan bien como vos lo hacéis, hija mía, sin duda ninguna, porque no valgo nada; pero me parece que, con la gracia de Dios, procuraría estar con mucha atención, para no faltar á ninguna de las pequeñitas observancias que tenemos aquí, y por este medio trataría de ganar el corazón de Dios. Guardaría el silencio lo mejor que pudiese, y hablaría también algunas veces, aun en tiempo de silencio; quiero decir, siempre que la caridad lo mandase, pero no de otro modo. Hablaría con un tono moderado, y no demasiado aprisa, poniendo atención para hacerlo así, porque lo mandan las Constituciones. Cerraría y abriría las puertas despacito, porque así lo quiere nuestra Madre, y todos queremos hacer las cosas del modo que desea. Llevaría los ojos bajos y andaría con mucha modestia, porque, querida hija mía, Dios y sus ángeles nos están mirando siempre, y aman á los que practican la virtud en estas pequeñas cosas. Si se me diera un empleo ó me encargasen de alguna cosa, trataría de cumplirlo con gusto lo mejor y más oportunamente que pudiese. Si no me empleasen en nada y me dejasen sin darme nada que hacer, en nada me mezclaría, pensando sólo en obedecer y amar mucho á Nuestro Señor. ¡Oh! me parece que amaría de todo mi corazón á este buen Dios, y que á esto, y á observar bien las reglas y Constituciones, me aplicaría con todas mis fuerzas. ¡Oh! mi muy querida hija Simpliciana, es menester hacerlo lo mejor que podemos. ¿No es verdad que para esto nos hemos hecho religiosos los dos? Y ciertamente estoy muy contento de que haya una hermana que quiera estar aquí ocupando un lugar por mí, y siendo religiosa por mí; pero estoy doblemente contento porque ésta sea la Hermana Claudia Simpliciana, porque quiero yo mucho á mi Hermana

Simpliciana. ¿Pero queréis que os diga alguna cosita más, querida hija mía? Me parece que estaría siempre contento, y que nunca me apresuraría. Esto, gracias á Dios, ya lo hago, porque nunca me apresuro, pero lo haría mejor aún. Me mantendría siempre en el lugar más bajo y abatido, en cuanto me fuese posible. Me humillaría practicando esta virtud, según las ocasiones; me humillaría por no haberme humillado, cuando, en efecto, no lo hubiera hecho. Procuraría, en cuanto me fuese posible, estar en la presencia de Dios, y hacer todas mis acciones por su amor. Y sabed, mi querida hija Simpliciana, yo espero que dejaría hacer de mí cuanto quisiesen, y leería muy á menudo los capítulos de nuestras Constituciones que tratan *de la humildad y de la modestia*. ¡Oh! querida hija mía, es menester leerlos con frecuencia y practicarlos bien! (1)»

Hay mil cosas dignas de atención en esta hermosa página. Ese silencio tan exacto, á menos que la caridad no lo rompa; ese hablar tranquilo, esas puertas cerradas quedito, ese andar modesto, esos ojos bajos, esa indiferencia para todos los empleos, esa atención para no apresurarse, esos esfuerzos para estar siempre alegre y satisfecho, ese cuidado en mantenerse en la pequeñez y en la humildad; he ahí el verdadero espíritu de la Visitación, su carácter distintivo y original.

Cuando se conoce al bienaventurado Obispo de Ginebra, no se admira nadie de que esta santa y amable manera de vivir haya sido instituída por él. Era la suya. Pero á primera vista es muy difícil explicarse cómo la Santa Madre de Chantal fué escogida por Dios para practicar esta vida y enseñarla á una porción de vírgenes. No había nada en su carácter ni en su temperamento que la predispusiese para ello. Al contrario,

---

(1) *Pequeñas costumbres del monasterio de la Visitación de Annecy*. Nueva edición en 8.º, pág. 21. Annecy, 1849.

era muy impetuosa, y naturalmente se afanaba mucho. Su naturaleza fuerte tenía necesidad de actividad; para su robusta salud y temperamento ardiente y sanguíneo, era muy oportuna la penitencia. Parecía hecha para las austeridades del Carmelo, al cual tuvo largo tiempo afición, como hemos visto, y en el cual se deleitaba su pensamiento.

Pero ¡cuán admirable es Dios en sus caminos! ¡Precisamente á causa de esta rara energía fué colocada la Madre de Chantal al frente de la Visitación. La mujer más fuerte debía fundar la Orden más dulce, á fin de hacer comprender al mundo, que se escandaliza sin razón, que esta dulzura no es más que aparente; que hay espinas bajo estas flores; que estas reglas tan moderadas también crucifican. Y ¿cómo dudarle, cuando un alma tan grande y tan ansiosa de austeridades pudo contentarse por espacio de treinta años con las mortificaciones que esta regla la ofrecía, y elevarse con sus pequeñas prácticas á tan maravillosa santidad?

Por otra parte, apenas entró la señora de Chantal en este claustro dispuesto para las enfermas, cuando su fuerte y vigorosa salud desapareció, como hemos dicho. Extrañas enfermedades, que se repitieron varias veces, gastaron su temperamento. La que debía gobernar á las enfermas, cayó enferma á su vez, para que supiese compadecerse de su debilidad. Esto es lo que Dios la hizo comprender, y en medio de los más violentos dolores, se la oyó exclamar: «Si, Dios mío, haced sufrir, haced sufrir á esta naturaleza demasiado viva, á fin de que conozca que no debe ser tan fuerte en los rigores exteriores ni consigo misma ni con los demás (1).»

¡Cosa muy digna de notarse! Nunca estuvo la Santa más lánguida y débil, ni más gravemente enferma, que

---

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 150.

en los años de 1616 y 1617, los cuales empleó San Francisco de Sales, en unión con ella, en redactar definitivamente las reglas de la Visitación. Pasó estos dos años enteros en un estado de languidez y debilidad, que la obligaban á estar muy á menudo en cama; como si Dios hubiese temido que dejando á la Madre de Chantal su vigorosa salud, escuchara ésta demasiado á su celo, y no fuese bastante condescendiente con las necesidades de sus hijas, y dominada sin conocerlo por sus ansias de penitencia, fundara un segundo Carmelo en lugar de crear la Visitación.

Al mismo tiempo que con la enfermedad debilitaba Dios las grandes fuerzas de su cuerpo, encadenaba también, pero de otro modo, la actividad excesiva de su espíritu. En 1609, después de siete ú ocho años pasados en los ejercicios de la oración mental, la señora de Chantal se sintió de repente elevada á una clase de oración pasiva, de la que sólo diremos aquí una palabra, reservándonos estudiar en el capítulo siguiente sus caminos admirables. Era una unión muy íntima, de la cual se sentía penetrada en cuanto se ponía en oración, y que no permitía ni á su espíritu ni á su voluntad hacer más actos que el de un total abandono de sí misma á la voluntad divina. Al principio, no la sucedía esto más que en la oración; pero muy pronto la sucedió lo mismo en la santa Misa, en la Comunión, en la acción de gracias y en el Oficio: en todas partes el mismo deseo de mantenerse en esta sencilla unión con Dios, sin tener la libertad de hacer otros actos. Cuando comenzó este estado, le costó mucho trabajo acomodarse á él. Como tenía una imaginación muy viva y una voluntad pronta y vehemente, quería obrar siempre; y cuando se veía así pasiva, sobre todo en tiempo de sequedades, la parecía que no hacía nada, y temiendo perder el tiempo quería salir de este estado á toda costa. Felizmente nunca consintió en ello San Francisco

de Sales. Además de la obediencia que reclaman estas inspiraciones, el Santo director comprendió al instante el fin que Dios se proponía al enviarlas á la Madre de Chantal. «Vuestra oración es buena—la repetía sin cesar.—Dios es el que os quiere en esta clase de oración.» Y añadía estas palabras, que dan mucha luz: «¿Por qué queréis practicar la parte de Marta, cuando Dios quiere que ejercitéis la de María? Yo os mando, pues, que os mantengáis sencillamente en la oración que Dios os da (1).» Así, pues, según el dictamen de San Francisco de Sales, Dios enviaba á la Madre de Chantal esta clase de oración, para modificarla y transformarla espiritualmente. De una Marta quería hacer una María. A esto se dirigían tantas operaciones admirables como hemos visto, y veremos aún.

No faltaba ya más para acabar la grande obra de la preparación providencial de la santa Madre de Chantal, que perfeccionar su actividad exterior. Porque si Dios la había arrebatado su salud durante los años empleados en componer las reglas de la Visitación, iba á devolvérsela en cuanto llegase la hora de principiar las fundaciones: y la senda pasiva en que había entrado la Madre de Chantal, no debía impedirle correr el mundo, sembrarle de monasterios, multiplicar en él las buenas obras y dar á la Iglesia el espectáculo de un celo el más activo y fecundo. En Borgoña, durante el viaje que hizo la Santa con motivo de la muerte de su padre, fué donde sucedió el acontecimiento maravilloso con que quiso Dios preparar á su sierva para los grandes trabajos que muy pronto debía emprender. Habiendo entrado una mañana en la iglesia de una aldea para oír Misa, apenas se arrodilló cuando un éxtasis la quitó el uso de los sentidos, de tal modo, que ni vió salir al sacerdote

---

(1) *Vida de la Madre de Chantal*, por el Sr. Maupas, p. II, capítulo VII.

al altar, ni supo que se estaba celebrando la Misa. Largo tiempo después que se acabó, viendo el joven barón de Thorens, su yerno, que nuestra Santa seguía en oración, fué á dar sus órdenes para la comida, y volvió á buscarla; mas como seguía del mismo modo, preguntó á la Madre Favre, que la acompañaba, si la Madre Chantal tardaría mucho todavía en acabar su oración. Ésta le respondió, que como no se meneaba no había querido distraerla preguntádoselo. El Barón, más atrevido, se acercó y la tocó en el hombro. La Santa despertó como sobresaltada, muy sorprendida, y necesitó algún tiempo para volver en sí; después de lo cual preguntó si no la querían dejar oír Misa. La respondieron que ya se había concluido. Entonces se levantó sin decir una palabra; pero estaba tan absorta que no pudo comer. En este éxtasis fué donde Dios manifestó á la Santa Madre lo que le agradan las almas puras, y la inspiró el deseo de obligarse con un voto á practicar siempre lo que fuese más perfecto. Pero como prudente, esperó para efectuarlo el permiso de su Santo director, y de vuelta ya en Annecy, hizo este voto admirable. Durante cinco años por lo menos, de 1612 á 1617, cada vez que se arrodillaba para comulgar, sentía en el corazón un ardor tan grande, que la costaba mucho trabajo tolerarlo. «Entonces—dice—estaba yo con los afectos de mi voto, de hacer siempre lo más perfecto que conociese; me parecía que en cada Comunión este afecto, como un fuego vivo, quemaba y consumía mis imperfecciones interiores (1).»

Algunos años antes, en el fondo de un claustro de España, una religiosa recibía un favor semejante. Estaba en oración, y de repente vió aparecer ante su vista, y bajo una forma corporal, á un ángel que tenía en

---

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 469. Declaración de la Madre Favre de Charmette. *Proceso de canonización*, tomo I, pág. 145.

la mano una flecha de oro, cuya punta aguzaba, y en la que parecía haber fuego; con ella atravesó varias veces su corazón, con tan vivo dolor como si la pasaran un dardo encendido, y al sacarla le parecía que le arrancaban las entrañas. El resultado de este favor tan grande fué tal aumento de amor divino que, abrasada y consumida por él, prometió á Dios hacer siempre lo que le pareciese más perfecto.

Pero en Santa Teresa, la viveza de su imaginación fatigaba su ánimo, y sus directores se vieron obligados á relevarla de un voto cuya observancia turbaba su entendimiento, sin hacerla, sin embargo, perder nada de su generosidad (1).

Santa Juana Francisca, no menos ardiente, pero más práctica, hizo este voto sublime treinta años antes de su muerte, y le observó sin tener necesidad de dispensa hasta su último instante.

¡Teresa, Juana Francisca! ¡Mujeres admirables una y otra! La primera se elevó al cielo cual águila; sus ojos se fijaron en el Sol de justicia, y pareció tener en sus sublimes contemplaciones el ojo y el corazón de un serafín. La segunda, con alas de paloma, tomando al parecer menos vuelo, no subió menos alto, pues según el dictamen de San Francisco de Sales y de San Vicente de Paúl, nadie llegó jamás á tan alta perfección.

---

(1) Bolandistas. *Acta Sanctorum*, 15 de Octubre.